TRASCENDENCIA, SANTIDAD E INTERRUPCIÓN DEL ESPÍRITU:
UNA RESPUESTA A BHEBHE Y FRINGER

Dr. Jacob Lett, NTC Mánchester

A menudo, las teologías wesleyanas de santidad se centran en lo inmanente, el aquí y ahora de cómo se cultiva el amor de Dios en su pueblo por medio de su Espíritu. Este enfoque en lo concreto es el resultado de la visión práctica y pastoral de Wesley y la centralidad que el atributo divino del amor tiene en una doctrina wesleyana de la santidad. Después de todo, el amor es el atributo divino que resalta la participación inmanente y el cuidado de Dios hacia su creación. Wynkoop ha esclarecido muy acertadamente cómo el amor es la característica definitoria de una visión y una práctica wesleyanas de la santidad. Apoyo completamente su visión, su fundamento y su enfoque, pero también quiero hacer un aporte para entender cómo el *amor santificador* nos lleva más allá de lo inmanente. Dicho esto, en esta respuesta me basaré en los dos excelentes ensayos de esta sesión y los complementaré explayándome en los supuestos teológicos de una teología de la santificación para, finalmente, relacionar estos supuestos con la obra interrumpida del Espíritu.

La afirmación de la teología wesleyana es que la obra santa, santificadora y perfeccionadora del Espíritu es una doctrina central de la fe cristiana¹. Así como la doctrina de la homoousia de los padres fundadores y la doctrina de la justificación de Lutero se convirtieron en parte de la tradición cristiana viva, al punto de que no se puede comprender completamente la fe cristiana sin ellos, la doctrina de la santificación nos dice algo definitivo sobre la naturaleza de Dios y la naturaleza de la creación. En otras palabras, decir que Dios es un Dios santificador o un Dios santificado y que santifica personas, lugares y cosas es hacer una afirmación sobre la diferencia inherente entre un Dios santo y las personas que están siendo santificadas. En los ensayos, esta diferencia entre Dios y la creación es implícita, pero en las teologías de santidad pastorales, prácticas, relacionales y, en estos días, misionales esta distinción se puede minimizar o desechar. Me refiero a todos estos términos como formas de santidad centradas en la inmanencia.

Ciertamente, una teología de la santificación apunta a una comprensión relacional y participativa de la relación entre Dios y el mundo, pero también resalta una distinción aún mayor entre la identidad y la relacionalidad. Una teología de la santidad divina supone una distinción positiva y radical entre Dios y la humanidad. El santificador y el santificado son distintos. Fringer menciona: «La santidad está intrínsecamente ligada a Dios y cualquier santidad que podamos alcanzar siempre deriva de él»². Dios es amor dinámico en su simpleza y plenitud, y los seres humanos se convierten en amor al ser parte de la vida dinámica de Dios. Como el ser divino es la base de la realidad finita y la única posibilidad de su bondad por medio de la participación humana, la santificación la da primero un Dios santo de amor y la recibe la humanidad. Esta distinción entre dar y recibir relacionada con la naturaleza del amor santificador se extiende a todos los aspectos de las relaciones divino-humanas. Otra manera de decir esto es que la doctrina de la creación y la doctrina de la santificación se implican de manera mutua entre sí. La distinción entre Dios y la creación, que es una característica de la doctrina cristiana de la creación, está presente en las visiones del amor santificador³.

¹ Noble, *Holy Trinity: Holy People*, 1.

² Fringer, “Broken-Holy People,” 3.

³ Gregory of Nyssa, *The Great Catechism* 27 (NPNF 5); Hart, *You are Gods*, 20.

Por un lado, Fringer y Bhebhe también resaltan esta distinción entre la santidad divina y la humana al hablar sobre la naturaleza imperfecta de la perfección humana, que es un indicador de cómo el pecado y el quebrantamiento distorsionan las relaciones. Por otro lado, el enfoque aquí está puesto en la naturaleza incompleta inherente a la santidad humana, cuya plenitud, perfeccionamiento y culminación no son infinitos y, por tanto, siempre deben tener una relación receptiva con Dios. La perfección humana es compleja, incompleta y finita, mientras que la perfección divina es simple y suficiente. A diferencia de la naturaleza quebrantada de la santidad humana, su naturaleza finita es un bien inherente, porque está arraigado en la naturaleza participativa de la relación divino-humana. La santidad humana nunca estará completa. En términos más positivos, es dramática y continua, porque su santidad está arraigada no solo en la doctrina del pecado, sino en la naturaleza misma de cómo la creación se relaciona con el ser divino. Los humanos se vuelven perfectos por medio de una participación continua y dramática, en la que Dios simplemente es perfecto.

Esto no quiere decir que el tipo de drama, acontecimientos y franqueza que hacen que las relaciones humanas, la vida y el amor sean significativos no se reflejen en la vida divina. Pero, en la vida humana, estas características hacen de la santificación una obra inevitablemente incompleta y progresiva de amor, cambio y crecimiento. Algunos teólogos relacionales wesleyanos afirman que se puede decir lo mismo sobre Dios, pero estamos sugiriendo que existe una diferencia positiva entre el drama del amor santo de Dios y el del amor humano. La santidad divina en armonía con el amor divino incluye acontecimientos, libertad, sinceridad en la plenitud divina, completitud y, en palabras de Bhebhe, placer⁴. De hecho, esta distinción entre Dios y el mundo es la que sostiene y apoya la naturaleza relacional divino-humana, y hace posible todas las diferencias, distinciones y variaciones creativas. Como Dios no necesita de la humanidad para completar la vida divina o para convertirse en amor santo, la obra santificadora de Dios es un don gratuito⁵. De hecho, la santidad divina sustenta al ser humano de una forma tan minuciosa que las expresiones humanas inmanentes de amor, relación, comunidad y franqueza, y las diferencias de la criatura que las hacen significativas, son todos frutos naturales de la bondad divina.

Mi respuesta hasta el momento nos señala la naturaleza trascendente de la santidad, una trascendencia que, a veces, puede verse minimizada porque los teólogos wesleyanos se enfocan en lo inmanente. Ciertamente, la santidad se trata de cómo el Espíritu cultiva y expresa su amor al pueblo de Dios y cómo dicho amor confronta con los poderes y privilegios sociales y espirituales que oprimen a la humanidad. Sin embargo, esta afirmación radical sobre la naturaleza presente e inmanente de la santificación también apunta más allá de sí misma, ya que afirma que dicho amor santo solo es posible porque el Espíritu nos llama a una vida de Dios infinita y pericorética. Uno de los misterios de la santidad cristiana es que el Espíritu nos cautiva de tal manera que nos llena y nos atrae. La santidad es tan inmanente al ser humano que lo atrae a su lugar de descanso adecuado, su hogar metafísico, la gloria de Dios⁶.

Al analizar algunos de los supuestos teológicos implícitos de una teología de la santificación, podemos ver que la teología wesleyana es inherentemente doxológica. Esto se puede observar en cómo los himnos de Charles Wesley se enfocan en la trascendencia divina. En

⁴ See the works of Hans Urs von Balthasar and Rowan Williams for a further development of this idea.

⁵ Williams, *On Christian Theology*, 63-78.

⁶ Fringer, "Broken-Holy People," 8.

las líneas finales de Wrestling Jacob (La lucha de Jacob), vemos que después de encontrarse con el ser divino Jacob descubre que la naturaleza y el nombre de Dios es amor, y que pasará toda la eternidad comprobando su amor santo⁷. En Love divine, all loves excelling (Solo excelso, amor divino), los seres humanos son llevados «de gloria en gloria» y le rinden a Dios «toda devoción»⁸. En Let Earth and Heaven Agree (Que la tierra y el cielo se unan) Wesley canta:

Primero en amor perfeccionados,
y por la gracia santificados,
seremos arrebatados de la tierra
y veremos su glorioso rostro:
su amor se mostrará por completo
y el hombre se perderá en Dios⁹.

Bhebhe finaliza su ponencia con una pregunta: «¿Cómo nosotros como nazarenos vivimos y somos ejemplo de esta comunidad santa, no en episodios radicales, sino en testimonio perpetuo de un Dios santo en desafío a las potestades y principados de este mundo, y en obediencia radical a los impulsos del Espíritu Santo, tal como se menciona en 1 Pedro 2:9-10?»¹⁰. Sugiero que, en definitiva, el fin de las teologías de la santidad no es una persona o una comunidad realizada-perfeccionada. Como afirma Noble: «Por lo tanto, la salvación del mundo por medio de la *missio Dei* es el fin penúltimo de la iglesia y el fin último de la iglesia es la gloria de Dios»¹¹. Cuando el Espíritu se derrama sobre los cuerpos y las comunidades humanas, él los llena de amor a Dios y al prójimo. Pero también los interrumpe, los deja sin palabras, los asombra, los desorienta para que busquen más lo divino. Dicha interrupción no desvía la atención de lo inmanente, pero el enfoque y la forma de lo inmanente se interrumpen y se reforman en vista de lo trascendente. No podemos decir con precisión cómo será la santidad humana, porque la santidad de Dios transforma nuestra concepción de la santidad. Para decirlo de otra manera, así como la santidad de Dios desciende hacia a la humanidad y se imparte sobre ella, también aleja a la humanidad de sí misma y la acerca a Dios. Finalmente, lo inmanente se realiza en la trascendencia de un Dios glorioso. Paradójicamente, gracias a dicho movimiento que nos aleja de nosotros mismos llegamos verdaderamente a ser, a descansar, a estar en la presencia, a una forma profunda de santidad inmanente, a una forma más radical de amor santo a nuestro prójimo.

⁷ Hymn 136 in *A Collection of Hymns (BE)* 7:250-252.

⁸ Hymn 374 in *A Collection of Hymns (BE)* 7:545-547.

⁹ Quoted by Noble, *Holy Trinity: Holy People*, 172.

¹⁰ Bhebhe, “God’s Eternal Project,” 8.

¹¹ Noble, “The Mission,” 83.